

Treinta años de economía socialista de mercado en China

Pekín lanzó en 1978 el mayor plan de reformas económicas impulsado por un país en la historia

Del arado al chip

ISIDRE AMBRÓS - Pekín. Corresponsal

LA VANGUARDIA, 21.12.08

No hay vuelta atrás. Sólo el desarrollo tiene sentido". Con estas palabras, pronunciadas en el Gran Palacio del Pueblo de Pekín el pasado jueves, el presidente chino, Hu Jintao, daba a entender que el gigante asiático proseguirá por la senda de las reformas lanzadas ahora hace tres décadas por Deng Xiaoping. Una estrategia que ha convertido a China en la cuarta economía del mundo, una potencia política que trata de tú a tú a Estados Unidos y Europa, y que ha permitido sacar de la pobreza a cientos de millones de personas.

Hace treinta años, en un fin de semana como hoy, el plenario del Comité Central del Partido Comunista Chino, liderado por Deng Xiaoping, finalizaba un cónclave de cinco días y lanzaba el mayor proceso de reformas económicas y sociales que ha registrado un país en la historia de la humanidad. Entonces, el 80% de la población vivía en el campo.

Treinta años después, aquel país, que emergía grogui y hambriento del caos que representaron los años de la Revolución Cultural lanzada por Mao, cuenta con más de 400.000 millonarios y una clase media de ochenta millones de personas. Son el fruto de la consigna lanzada por

Deng, el pequeño timonel --en contraposición a Mao--, de que "es glorioso enriquecerse" y de que ello sería posible gracias a "la economía socialista de mercado".

La nueva revolución lanzada por aquel veterano de la Larga Marcha, que trabajó como ensamblador en la fábrica de coches de Renault de Boulogne-Billancourt, empezó por el campo, pero rápidamente se extendió a las ciudades. Dio marcha atrás a la colectivización de la tierra y a las comunas. Y promovió lo que hoy se conoce como las cuatro modernizaciones, por abarcar a la agricultura, la industria, la ciencia y la tecnología y la defensa.

Como locomotora de este proceso, el pragmático Deng, superviviente de tres purgas políticas, escogió cuatro ciudades costeras del sur del país, que marcó en un mapa con un círculo, y que se convirtieron en las primeras zonas económicas especiales.

De todas ellas, Shenzhen ha sido, sin embargo, la que se ha convertido en el escaparate del milagro chino. De pequeño pueblo de pescadores, pobre y subdesarrollado, se ha convertido en una réplica de Hong Kong, de la que la separa sólo media hora de tren.

Pero esta metrópoli de once millones de habitantes, con sus rascacielos ultramodernos, sus centros comerciales, sus grandes avenidas y su parque tecnológico, encarna también los problemas de la China del siglo XXI.

Shenzhen es uno de los polos industriales de la productiva provincia de Guangdong, la fábrica de China y del mundo. Durante años ha mantenido

un ritmo de crecimiento económico de dos dígitos, lo que ha permitido al gigante asiático convertirse en la cuarta potencia mundial y exportar el 70% de su producción.

Pero igual que lidera el desarrollo industrial en China, Shenzhen también sufre antes los efectos de las influencias exteriores.

Ahora es una de las ciudades más afectadas por la crisis económica internacional. Miles de firmas han cerrado y decenas de miles de inmigrantes temporeros se han quedado sin trabajo.

Una situación que ha puesto de manifiesto las debilidades del pragmático modelo chino. "Qué más da que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones", dijo en su día Deng Xiaoping. Sin embargo, ahora afloran los problemas medioambientales, la falta de un sistema de seguridad social, la precariedad del sistema sanitario y las tensiones sociales, derivadas de un desempleo creciente.

Un escenario que incomoda a las autoridades de Pekín, preocupadas por la estabilidad social. "Sin estabilidad no podemos hacer nada y perderemos todo lo que hemos conseguido", advirtió el pasado jueves Hu Jintao. De esta forma, el presidente chino dio a entender que la prioridad es seguir generando riqueza para tranquilizar a una sociedad prácticamente despolitizada, a la que lo único que le interesa es conseguir los mismos estándares de vida que hay en Occidente.

Y en este sentido hay que interpretar las medidas económicas contra la crisis impulsadas por el Gobierno chino en las últimas semanas: fuertes reducciones de los tipos de interés, ayudas a las pequeñas y medianas

empresas y un plan de inversiones en infraestructuras por valor de unos 450.000 millones de euros. Un conjunto de iniciativas cuyo fin no es otro que generar empleo, sin duda el gran desafío al que se enfrenta desde hace tiempo el Gobierno chino para preservar la paz social.

Una situación que las autoridades están dispuestas a mantener contra viento y marea. Una mano férrea que ya demostró en su día Deng Xiaoping, que no dudó en esgrimir en las protestas de junio de 1989 en Tiananmen.

Hoy, treinta años después, continúa habiendo un gran desfase entre las libertades económicas y políticas, donde ha habido menos avances. Persisten las violaciones de los derechos humanos y se reprime a la disidencia. El Gobierno argumenta que el primer derecho humano es poder comer y que la situación ha mejorado mucho en los últimos años.

No obstante, esta última semana el presidente Hu Jintao reiteró que la democratización política no es una prioridad. "Debemos hacer uso de los frutos de la civilización política humana, pero nunca copiaremos el sistema político de Occidente", dijo Hu Jintao.